



El Inocente



TESOROS DE ÉPOCA



El Inocente

GABRIELE D'ANNUNZIO



d'Época
editorial



BEATI IMMACULATI...

Presentarme ante el juez y confesar:
«He cometido un delito. Aquella pobre criatura no estaría muerta si yo no la hubiera asesinado. Yo, Tullio Hermil, yo mismo la he matado. Premedité el asesinato en mi casa. Lo ejecuté con una perfecta lucidez de conciencia, de un modo preciso, con absoluta seguridad. Tras ello continué viviendo en mi casa con mi secreto, durante un año entero, hasta hoy. Hoy se cumple el aniversario. Heme aquí en sus manos. Escúcheme. Júzgueme.»

¿Puedo acudir al juez?, ¿puedo hablarle así?

Ni puedo ni quiero. La justicia de los hombres no me alcanza. No hay tribunal en la tierra que pueda juzgarme.

Y sin embargo, preciso es que me acuse, que me confiese. Debo revelar mi secreto a alguien.

¿A QUIÉN?

Mis primeros recuerdos son estos. «Era abril. Hacía algunos días que estábamos en provincias, Giuliana, nuestras dos hijas Maria y Natalia, y yo mismo, para pasar las fiestas de Pascua en casa de mi madre, en un antiguo y gran caserón de campo llamado La Badiola. Corría el séptimo año de nuestro matrimonio.

Habían transcurrido ya tres años desde aquella otra Pascua que verdaderamente fue para mí una fiesta de perdón, paz y amor, en aquella villa blanca y solitaria como un monasterio, perfumada de alhelíes; cuando Natalia, la segunda de mis hijitas, daba sus primeros pasos, apenas despojada de los pañales como una flor de su vaina, y Giuliana se me mostraba llena de indulgencia, si bien con una sonrisa un poco melancólica. Había regresado a ella, arrepentido y sumiso, tras mi primera grave infidelidad. Mi madre, que ignoraba mi falta, con sus dulces manos había colocado un ramillete de olivo en el cabezera de nuestra cama y llenado de agua bendita la pequeña pila de plata que pendía de la pared.

Pero ahora, tres años después... ¡Cuánto habían cambiado las cosas! Entre Giuliana y yo había un distanciamiento definitivo, irreparable. Mis agravios hacia ella se habían ido acumulando. La había ofendido del modo más cruel, sin miramientos, sin pudor, arrastrado por mi avidez de placer, por la ligereza de mis pasiones, por la curiosidad de mi espíritu corrupto. Fui el amante de dos de sus más íntimas amigas. Había pasado algunas semanas en Florencia con Teresa Raffo, imprudentemente, y me había batido con el falso conde Raffo en un duelo, en el que, por alguna extraña circunstancia, mi desgraciado adversario se cubrió de ridículo. Y Giuliana no ignoraba ninguna de estas cosas. Las había sufrido, pero con orgullo, casi en silencio.

Tuvimos pocas conversaciones y muy breves al respecto, en las que nunca le mentí, creyendo que con mi sinceridad amortiguaría mi culpa ante los ojos de aquella dulce y noble mujer que yo consideraba muy inteligente.

Sabía, incluso, que ella reconocía la superioridad de mi intelecto y que excusaba en parte los desórdenes de mi vida con teorías engañosas, expuestas por mí en más de una ocasión en su presencia, en detrimento de las doctrinas morales que aparentemente profesaban la mayoría de los hombres. La certeza de que no sería juzgado por ella como un hombre vulgar, aliviaba en mi conciencia el peso de mis errores.»

«Hasta ella —pensaba yo— comprende que, siendo distinto a los demás y teniendo tan diferente concepto de la vida, es natural que pueda sustraerme a los deberes que los demás quieran imponerme, que pueda despreciar las opiniones ajenas y vivir en absoluta sinceridad con mi natural elección.»

Estaba convencido de ser, no exactamente un espíritu elegido, sino un espíritu *raro*; y creía que la *rareza* de mis sensaciones y sentimientos ennoblecía, *distinguía* cada uno de mis actos. *Engreído* y curioso de esta rareza mía, no podía concebir un sacrificio, una abnegación por mi parte, al igual que no podía renunciar a la expresión, a la manifestación de mis deseos. Pero en el fondo de todas mis sutilezas no había más que un terrible egoísmo, puesto que, desdeñando mis obligaciones, aceptaba los beneficios de mi situación.

Poco a poco, en efecto, de abuso en abuso, llegué a reconquistar mi primitiva libertad con el consentimiento de Giuliana, sin hipocresías, sin subterfugios, sin degradantes engaños. Puse todo mi empeño en ser leal, a cualquier coste, como otros lo hacen en fingir. Trataba de confirmar en todas las ocasiones, entre Giuliana y yo, el nuevo pacto de fraternidad, de amistad pura. Debía ser mi hermana, mi mejor amiga.

Mi única hermana, Costanza, había muerto a los nueve años dejándome en el corazón un desconsuelo sin fin. A menudo pensaba, con profunda melancolía, en aquella pequeña alma que no pudo ofrecerme el tesoro de su ternura, un tesoro

soñado por mí como inagotable. Entre todos los afectos humanos, entre todos los amores de la tierra, el *amor de hermana* siempre me había parecido el más alto, el más consolador. Con frecuencia pensaba en el consuelo perdido, con un dolor que la irrevocabilidad de la muerte volvía casi místico. ¿Dónde hallar, sobre la tierra, otra hermana? Espontáneamente esta aspiración sentimental se volvió hacia Giuliana.

Desdeñosa de misceláneas había renunciado ya a toda caricia, a todo abandono. Por mi parte, desde hacía tiempo, no sentía siquiera la sombra de una turbación sensual estando a su lado; notando su aliento, aspirando su perfume, contemplando aquella pequeña mancha oscura en su cuello, permanecía en la más absoluta frigididad. No me parecía posible que aquella fuese la misma mujer que había visto palidecer y desvanecer bajo la violencia de mi ardor.

Así pues, le ofrecí mi fraternidad; y ella la aceptó, sencillamente. Si la veía triste, yo me sentía más triste aún, pensando que habíamos sepultado nuestro amor para siempre, sin esperanza de resurrección; pensando que nuestros labios no se unirían quizá, nunca más, nunca. Y en la ceguera de mi egoísmo creía que su corazón debía estar agradecido de mi tristeza, que ya sentía irremediable, y me parecía que debía consolarse al considerarla como un reflejo de un lejano amor.

Hubo un tiempo en que ambos soñamos, no exactamente con el amor, sino con la pasión hasta la muerte, *usque ad mortem*. Los dos creímos en nuestro sueño y proferimos en más de una ocasión, embriagados, las dos grandes palabras ilusorias: *¡Siempre! ¡Nunca!* Creímos incluso en la afinidad de nuestra carne, en aquella rarísima y misteriosa afinidad que une a dos criaturas humanas con el tremendo lazo del deseo insaciable; creímos en ello porque la fogosidad de nuestras sensaciones no disminuyó ni siquiera después de que, habiendo procreado un nuevo ser, el oscuro Genio de la especie alcanzó a través de nosotros su único propósito.

La ilusión había desaparecido, cada llama, extinguida. Mi alma (lo juro) había llorado sinceramente sobre las ruinas.

Pero ¿cómo oponerse a un fenómeno necesario? ¿Cómo evitar lo inevitable?

Así pues, fue una gran fortuna que, muerto el amor por las fatales necesidades de los acontecimientos y por tanto sin culpable alguno, pudiéramos vivir aún en la misma casa, unidos por un sentimiento nuevo, quizá no menos profundo que el antiguo, ciertamente más elevado y más singular. Fue una gran ventura que una nueva ilusión pudiera suceder a la antigua y establecer entre nuestras almas un intercambio de afectos puros, de emociones delicadas, de exquisitas tristezas.

Pero, en realidad, esta especie de retórica platónica ¿a dónde conducía? A conseguir que una víctima se dejara sacrificar con una sonrisa.

En realidad, la nueva vida, no conyugal sino fraternal, se basaba en un solo supuesto: en la absoluta abnegación de la *hermana*. Reconquistada mi libertad, podía ir en busca de intensas sensaciones que mis nervios reclamaban, podía apasionarme con otra mujer, vivir fuera de mi casa y encontrar a mi *hermana* esperándome, encontrar en mis aposentos el rastro visible de sus cuidados, encontrar sobre mi mesa un jarrón con un ramo de rosas arreglado por sus propias manos, encontrar por doquier absoluto orden, elegancia y pulcritud como en un lugar habitado por una Gracia.

¿Acaso no me encontraba en una situación envidiable? ¿Y no era extraordinariamente preciosa la mujer que consentía en sacrificarme su juventud, satisfecha simplemente con un beso de gratitud y casi de devoción sobre su frente altiva y dulce?

De vez en cuando, mi gratitud se volvía tan cálida que se propagaba en infinidad de delicadezas, de primorosas atenciones. Sabía actuar como el mejor de los hermanos. Cuando me encontraba ausente escribía a Giuliana largas cartas melancólicas y tiernas que habitualmente expedía al tiempo que aquellas dirigidas a mi amante; y mi amante no debía sentir celos por ello al igual que no debía sentir celos de mi adoración a la memoria de Costanza.

Pero, si bien me encontraba absorto en la intensidad de mi vida particular, no escapaba a los interrogantes que de tanto en tanto afloraban en mi interior. Para que Giuliana persistiera en aquella maravillosa fuerza de sacrificio, preciso era que sintiera por mí un amor soberano; y amándome así y no pudiendo ser más que mi *hermana*, debía encerrar en sí misma una mortal desesperación. ¿No era pues un loco el hombre que inmolaba, sin remordimientos, ante otros turbios y vanos amores, a aquella criatura tan dolorosamente sonriente, tan sencilla, tan valiente?

Recuerdo (y mi perversión de aquel tiempo me sorprende) que entre las razones que a mí mismo me daba para aquietar mi conciencia, ésta era la más fuerte: la grandeza moral es fruto de la violencia de los sufrimientos superados; para que ella tuviera la oportunidad de aparecer como una heroína, era preciso que sufriese lo que yo le hacía sufrir.

Pero llegó el día en que percibí que también se resentía su salud; observé que su palidez se volvía más aguda y a veces adquiría lívidas sombras. En más de una ocasión sorprendí en su rostro las contracciones de un espasmo reprimido; más de una vez fue invadida, en mi presencia, por un irrefrenable estremecimiento que la abrasaba y le hacía entrechocar los dientes como durante el acceso de una fiebre súbita. Una tarde, desde una habitación distante escuché el eco de un grito lacerante; corrí, la encontré de pie, apoyada en un armario, convulsa, retorciéndose como si hubiera ingerido un veneno. Me aferró una mano y me la apretó como si de una prensa se tratara.

—¡Tullio, Tullio, qué cosa tan horrible! ¡Oh, qué cosa tan horrible!

Me miraba muy de cerca; tenía fijos en mis ojos los suyos dilatados, que en la penumbra me parecieron extraordinariamente grandes. Y veía pasar en ellos, como por oleadas, un desconocido sufrimiento; y aquella mirada inmutable, intolerable, suscitó de repente en mí un terror demencial. Estaba anocheciendo, llegaba el crepúsculo; la ventana estaba abierta

de par en par y las cortinas se abombaban impulsadas por el viento, golpeándola; una vela ardía sobre la mesa junto a un espejo; y no sé por qué, el golpeteo de las cortinas y la agitación desesperada de aquella llama reflejada en el espejo tomaron en mi conciencia un significado siniestro, aumentando mi terror. La idea del veneno me sobrecogió; en ese instante no pudo reprimir otro grito y, fuera de sí por el sufrimiento, se derrumbó en mi pecho desesperadamente.

—¡Oh, Tullio, Tullio, ayúdame! ¡Ayúdame!

Paralizado por el terror permanecí un minuto sin proferir palabra, sin poder mover los brazos.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho, Giuliana? Habla, habla... ¿Qué has hecho?

Sorprendida ante la profunda agitación de mi voz, se apartó un poco y me miró. Debía de tener el rostro más blanco y desencajado aún que el suyo propio porque, rápidamente y muy aturdida, me respondió:

—Nada, nada. Tullio, no te asustes. No es nada, ¿ves?... Son sólo mis dolores habituales... Tranquilo, es sólo una de mis crisis..., ya pasará. Cálmate.

Pero yo, invadido por una terrible sospecha, dudaba de sus palabras. Me parecía que todas las cosas a nuestro alrededor me revelaban el trágico desenlace y que una voz interna me acusaba: *Por ti, por ti ha querido morir. Tú, tú la has empujado a la muerte. Le tomé las manos que estaban heladas y una gota de sudor se deslizó por su frente.*

—No, no, tú me engañas —prorrumpí—. Tú me engañas. ¡Por piedad, Giuliana, vida mía, habla, habla! Dime, ¿qué te pasa?... Dime, por piedad, ¿qué has... *bebido?*

Y mis ojos aterrados buscaron en torno a la habitación, sobre los muebles, sobre la alfombra, por doquier, un indicio.

Entonces ella comprendió. Se dejó caer de nuevo sobre mi pecho y, estremeciéndose y haciéndome estremecer, dijo con la boca apoyada en mi hombro (jamás, jamás olvidaré aquel tono indefinible), dijo:

—No, no, no, Tullio; no.

¡Ah! ¿Qué cosa en el universo puede igualarse a la aceleración vertiginosa de nuestra vida interior? Permanecemos allí inmóviles, en medio de aquella estancia, enmudecidos; y un mundo inconcebiblemente vasto de sentimientos y pensamientos se agitó dentro de mí, en un punto fijo, con espantosa lucidez. *¿Y si hubiera sido real?* —preguntaba la voz—. *¿Y si hubiera sido real?*

Un sobresalto incesante sacudía a Giuliana contra mi pecho; seguía ocultando su rostro y yo sabía que ella, incluso con el sufrimiento que aún padecía en sus propias carnes, no pensaba más que en la *posibilidad* del hecho por mí sospechado, nada más que en mi enloquecido terror.

Una pregunta acudió a mis labios:

«¿Has sentido alguna vez la *tentación*?»

Y después otra:

«¿Podiera ser que cedieras a la *tentación*?»

No proferí ni la una ni la otra y, sin embargo, me pareció que me comprendía.

Ambos estábamos ya dominados por aquel concepto de muerte, por aquella imagen de muerte; habíamos entrado ambos en una especie de trágica exaltación, olvidando el equívoco que la había suscitado, perdiendo conciencia de toda realidad. De pronto se puso a sollozar, y su llanto atrajo mi llanto; y confundimos nuestras lágrimas, ¡ay de mí!, que eran tan ardientes y que nada podían hacer por variar nuestro destino.

Supe, después, que desde hacía varios meses la atormentaban complicadas enfermedades relacionadas con la matriz y los ovarios, esas terribles enfermedades ocultas que perturban cada una de las actividades de la vida de una mujer.¹ El doctor, con el cual quise tener una conversación, me hizo saber que durante un largo período debería renunciar a todo contacto con la enferma, incluso a la más suave caricia; y me declaró que un nuevo parto podría tener consecuencias fatales.

¹ La inspiración de la enfermedad de Giuliana tiene su origen en una análoga afección sufrida por Barbara Leoni (la amante y musa de D'Annunzio).

Esta circunstancia, aun afligiéndome, me alivió de dos inquietudes que me consumían: me persuadió de que me hallaba libre de culpa en la desmejora de Giuliana y me otorgó de un modo sencillo la posibilidad de justificar ante mi madre el hecho de que durmiéramos en camas separadas, así como el resto de cambios que se sucedían en nuestra vida doméstica. Mi madre estaba a punto de llegar a Roma desde la provincia, donde, tras la muerte de mi padre, pasaba la mayor parte del año con mi hermano Federico.

Mi madre quería mucho a su joven nuera. Giuliana era verdaderamente para ella la esposa ideal, la compañera *soñada* para su hijo. No reconocía en el mundo mujer más bella, más dulce, más noble que Giuliana. No concebía que yo pudiera desear a otras mujeres, abandonarme a otros brazos, dormir sobre otros corazones. Y habiendo sido amada durante veinte años por un hombre, siempre con la misma devoción, con la misma fe, *hasta la muerte*, ignoraba el cansancio, el disgusto, la traición, todas las miserias e ignominias que anidan en el tálamo. Ignoraba el escarnio que había hecho y continuaba haciendo de aquella adorable alma en absoluto merecedora de ello. Engañada por el generoso disimulo de Giuliana, creía aún en nuestra felicidad. ¡Ay, si ella supiera!

Yo seguía en aquella época bajo el dominio de Teresa Raffo, de la violenta envenenadora que hacía venir a mi mente la imagen de la amante de Menipo. ¿Recuerdan? ¿Recuerdan las palabras de Apolonio a Menipo en aquel embriagador poema?: «¡O beau jeune homme, tu caresses un serpent; un serpent te caresse!».²

El destino me favoreció. Por la muerte de una tía, Teresa se vio obligada a alejarse de Roma y ausentarse por algún tiempo. Pude, con una inusual asiduidad, llenar junto a mi mu-

² *La tentación de San Antonio* de Gustave Flaubert. Con estas palabras Apolonio invitaba a Menipo a desconfiar de una bella lamia (figura terrorífica de la mitología, con rostro de mujer hermosa y cuerpo de dragón): «¡Era un vampiro que saciaba los deseos de los jóvenes hermosos para comer su carne, porque no hay nada mejor que la sangre de los enamorados para esta clase de fantasmas». Esta evocación la efectúa Damis, discípulo de Apolonio.

jer el gran vacío que la «Biondissima», con su partida, dejaba en mis jornadas. Y cuando aún no se había desvanecido en mí la turbación de aquella noche, algo nuevo, indefinible, flotaba entre Giuliana y yo desde entonces.

Debido a que los sufrimientos físicos de ella iban en aumento, mi madre y yo pudimos, no sin esfuerzo, lograr que accediera a someterse a la operación quirúrgica que su estado requería. La operación precisaba de treinta o cuarenta días de absoluto reposo y una prudente convalecencia. La infeliz enferma se mostraba ya extremadamente débil e irritada. Los largos y pesados preparativos la extenuaban y exasperaban hasta el punto de que en más de una ocasión trató de arrojar fuera del lecho, de rebelarse, de sustraerse a aquel suplicio brutal que la violaba, que la humillaba, que la envilecía...

—Dime —dijo un día con amargas palabras—. Si lo piensas bien, ¿no sientes asco de mí? ¡Ah, qué horror!

E hizo un gesto que expresaba aversión hacia sí misma, frunció el ceño y enmudeció.

Otro día, mientras entraba en su dormitorio se percató de que había notado mal olor en la estancia. Gritó, fuera de sí, pálida como su camisón.

—¡Vete, vete, Tullio, te lo ruego! Márchate. Vuelve cuando me haya curado. ¡Si permaneces aquí acabarás odiándome! Estoy repulsiva así; estoy repulsiva... No me mires.

Y los sollozos la ahogaron. Más tarde, ese mismo día, después de algunas horas, mientras permanecía en silencio creyendo que estaba a punto de adormecerse, pronunció estas oscuras palabras, con el extraño acento de quien habla en sueños:

—¡Ah, si lo hubiera hecho! Era una buena sugerencia...

—¿Qué dices, Giuliana?

No respondió.

—¿En qué piensas, Giuliana?

No respondió más que con un leve movimiento de la boca, que pretendía ser una sonrisa sin llegar a conseguirlo.

Creí entender. Y una tumultuosa ola de remordimiento, ternura y piedad me inundó. Y habría dado cualquier cosa por-

que ella pudiera leer mi corazón en aquel momento, porque pudiera tomar conciencia de mi secreta, inexpresable y por tanto vana conmoción.

«Perdóname, perdóname. Dime qué debo hacer para que me perdones, para que olvides todas las afrentas... Volveré a ti, no seré de nadie más que tuyo, para siempre. Sólo te he amado a ti en la vida; sólo te amo a ti. Mi alma siempre se dirige a ti, y te busca y te añora. Te lo juro: lejos de ti no he sentido jamás una alegría sincera, jamás ha habido un instante de pleno olvido; nunca, nunca: te lo juro. Sólo tú atesoras la bondad y la dulzura. Tú eres la más buena y dulce criatura que jamás haya soñado; eres la Única. ¡Cómo he podido ofenderte, cómo he podido hacerte sufrir, cómo he podido hacerte pensar en la muerte como un fin deseable! Ah, tú me perdonarás pero yo no me lo perdonaré nunca; tú olvidarás, pero yo no olvidaré. Siempre me sentiré indigno; aun dedicándote mi vida entera jamás podré compensarte. De ahora en adelante, como en un tiempo, serás mi amante, mi amiga, mi hermana: como en un tiempo, serás mi guardiana, mi consejera. Todo te diré, todo te desvelaré. Serás mi alma. Y sanarás. Yo, yo te curaré. Verás de qué atenciones soy capaz a la hora de curarte... Ah, tú lo sabes bien. ¡Acuérdate! ¡Acuérdate! También entonces caíste enferma y sólo me querías a mí para asistirte; y yo no me moví de tu cabecera; ni de día ni de noche. Y tú decías:

“Giuliana siempre *se acordará de esto*, siempre.”

Lo decías con lágrimas en los ojos, que yo bebía temblando.

“¡Santa! ¡Santa! Acuérdate. Y cuando te alces, cuando estés convaleciente, iremos allí, volveremos a Villalilla. Estarás aún débil, pero te sentirás bien. Y yo recobraré la alegría de tiempos pasados, y te haré sonreír, te haré reír. Recuperarás aquella hermosa risa que me renovaba el corazón; recuperarás tu apariencia de jovencita deliciosa, y volverás a lucir aquella trenza cayendo sobre tus hombros que tanto me gustaba. Aún somos jóvenes. Reconquistaremos la felicidad, si tú quieres. Viviremos... Viviremos.”»